

*El poder
creador del hombre*

Progreso sin fin y fin sin progreso

Por E. DEL RIO
(OÑA - España)

* El caso parecido del Renacimiento. * Medidas de las nuevas creaciones del hombre. * Perpetua conciencia cristiana de la bondad universal de los bienes creados. * Entrega desde la propia nada y valor del sacrificio.

E SPECIALMENTE a partir del siglo XVIII la idea del Universo, del Mundo ha cambiado profundamente, como todos saben: se han descubierto y medido inmensidades espaciales en que nuestra tierra, nuestro mundo, apenas es casi nada; se han averiguado lejanías temporales no imaginables antes; ha surgido, sobre todo, lo que ha dado en llamarse la "nueva dimensión", ese plano de realidades, intermedias entre el mundo físico y el del espíritu, en cuanto a captar la capacidad de atención del hombre: Ciencia, Política, Economía, Literatura, Máquina... "conjunto enorme de bienes verdaderos que disponen de vidas enteras y que tienen admiradores, es decir, fieles" (1). El Mundo finalmente se consibe como dinámico: vi-

ve, cambia, deviene y se transforma. Los hombres, al sacar por inducción las leyes, han encontrado su poder so-

(1) G. THILS, *Tendances Actuelles en Théologie Moral*, Gembloux, 1940, p. 22.

Un apasionante presentación de los inventos modernos obtenidos por el progreso de la técnica es la que hace Robert Yungk en su conocido libro *El Futuro ha comenzado* (Editora Nacional, 1953). En él se proponen también, siquiera de paso, algunos de los serios problemas que estos grandes inventos han creado a la existencia misma del hombre y al modo de entenderla y vivirla. A la vez que se consigna este problema central, se indica también el factor que no ha de descuidarse para llegar a un éxito humano sustancialmente completo: "Pero todo esto tiene por ahora rasgos poco firmes todavía (los intentos de humanizar los inventos y el trabajo). No se ha producido aún esa gran transformación de los espíritus que supondría el reconocimiento de la humana limitación y el restablecimiento de la medida humana de las cosas"... (Pág. 23).

bre ese curso del mundo y se han revelado a sí mismos su señorío sobre la materia.

Estos resultados han creado una situación psicológica nueva, que tiene, es verdad, lejanos parecidos en otras de la historia. Esta nueva configuración espiritual está marcada ante todo por el asombro del hombre al hallarse superior a sí mismo, es decir, por una toma de conciencia más profunda de la potencia creadora humana capaz de evadirse de los resultados "naturales" por su propia eficiencia; y ha invadido a la vez, y en consecuencia, el campo de los medios de expresión del espíritu (2). Así esta medida de lo humano como poder superador de los fenómenos hechos, lleva al hombre a concebir el arte, por ejemplo, como simplemente sobrehumano, no ya como no necesariamente representativo, que es una estribación muy lejana: "El arte es arte en la medida en que nos sobrepasa" (Malraux). Hablando más en general, este hombre moderno enfrentado con el mundo, consigo mismo y con Dios, construirá sin duda su existencia (la medida de sus posiciones libres ante ella) con valoraciones no íntegramente iguales a las que gravitaban en su menor autoconciencia anterior.

EL CASO PARECIDO DEL RENACIMIENTO

De estos cambios humanos, mejor, de estos nuevos estadios humanos, podemos contemplar un ejemplo parecido, sólo parecido, en la novedad del hombre en la historia que dió origen a denominar el período a partir del siglo XVI como "Edad Moderna". El nacimiento de este nuevo ser del mun-

do occidental fué ante todo la conciencia —y enseguida la investigación, comprobación y valoración— de una mayor dimensión de libertad individual en el hombre. Fué una conquista real, ya hecha, y no puede pensarse en el

(2) Conviene recordar aquí la ininterrumpida interacción del espíritu y los hechos. Toynbee concibe el industrialismo como causa del método de investigación histórica que se basa en los datos o materias primas (es decir, concibe un fenómeno —o resultado humano— como causa de una posición humana del espíritu). V. Horia interpreta, en cambio, el mismo fenómeno como resultado él mismo de la sed de autenticidad de los románticos, y en general concibe las posiciones como causas de lo que venimos llamando fenómenos. "Fué la mentalidad del Renacimiento la que provocó el descubrimiento de las Américas, y no este a aquella. Fueron la propensión protestante a los bienes materiales, hacia una felicidad que medía el amor de Dios hacia nosotros con el cartabón de nuestros éxitos en la vida, aquí y ahora, como también la invitación que hizo Lutero a los hombres a "pecar fuertemente", las causas primeras de la civilización mecánico occidental, del individualismo democrático, del confort exterior opuesto al confort interior de la edad precedente, y no puede ser considerada la civilización moderna como causa del luteranismo". (Presencia del Mito, Escelicer, Madrid, 1956, pp. 127-128). Por nuestra parte aceptamos sólo en parte ambas interpretaciones, ya que en realidad no se trata de "un" fenómeno y "una" posición, sino de un período de posiciones y fenómenos que se interfieren continuamente en la vida de cada individuo de la época y mucho más en el conjunto del grupo social. No hay posición sin fenómeno propuesto (entendemos por posición precisamente la actitud del espíritu frente al fenómeno), y en este sentido es siempre anterior el fenómeno a la posición. Pero tampoco puede existir un fenómeno si previa posición (la posición creadora al menos), ya que se trata en efecto de fenómeno en el sentido de realización en la historia. Evidentemente el origen de la cadena ha de establecerse a partir de una primera posición del hombre en el origen de la historia de lo humano, una creación, en el sentido humano del término, es decir, con dependencia de un presupuesto exterior. Este punto de arranque de la primera novedad introducida en el mundo por la mente humana hubo de ser el conocimiento del mundo exterior y de la posibilidad práctica de alterarlo.

mundo actual sin su fuerte influencia. Quedó una extensa zona refractaria, enmarcada en el elemento demográfico inferior culturalmente, y que pesa aún con su lastre de sujeción al conjunto (de los elementos, de las costumbres, de los medios tradicionales) en el movimiento general de abertura actual. La interpretación protestante del fenómeno sufrió en cambio un espejismo por el otro extremo; y al querer vindicar para el hombre la libertad de las obras, quiso apoyar su salvación en el contrafuerte de una fe ciega, sin comprender que, al entregar a la acción de Dios sólo la salvación del hombre hería, de muerte la libertad que quería vindicar. Fué una posición cómoda, inmediata, descentrada. La Iglesia Católica hizo con más sosiego y pureza el sondeo de la nueva dimensión de libertad, y la interpretó exactamente como cooperadora con Dios en la salvación misma del hombre.

MEDIDA DE LAS NUEVAS CREACIONES DEL HOMBRE

El hombre en la situación actual se aproxima a una situación más complicada aún y profundamente tentadora: dominado por él el mundo (tan limitada, y sin embargo tan verdaderamente), tiene que resolver muchas cuestiones nuevas.

En primer lugar tiene que pensar en el empleo de estas mismas fuerzas por él encontradas. Para esto mismo debe servirse de nuevo a su mismo poder "creador", ya que se trata de fuerzas que, en efecto, sobrepasan la medida de las aplicaciones prácticas acostumbradas. Y esto, aunque esas mismas innovaciones en las aplicabilidades

tengan su arranque y norma en lo humano anterior. Esta "humanación" de su obra será sin embargo necesaria; y romper este círculo, "crear" sin esta relación al mundo-hecho, sería llegar al tope determinante de la limitación de este mismo poder. Porque el espacio, el tiempo y el ser físico del hombre y del mundo, y el ser espiritual del hombre continúan siendo los mismos a pesar de su mayor despliegue, y por eso mismo son un sustrato de continuidad inevitable en la obra del hombre, a través de los diversos estadios de su cultura. Ni hay tampoco capacidad en el hombre para una creación absoluta, es decir, sin relación a lo humano, no solamente en el orden de eficiencia, sino también porque en tanto podrá el hombre verificar la existencia misma de un ser en cuanto éste diga a su vez relación a lo humano.

Por consiguiente, el hombre debe ser la medida de la creación del hombre y esto es de importancia. (La "creación" por parte del hombre de los fenómenos que llegan a existir en la historia humana, la entendemos siempre en sentido esencialmente distinto, es claro, del concepto de "Creación" correspondiente a la acción de Dios trayendo a la existencia un ser "de la nada"; pero no es tampoco un término metafórico, sino más sustancialmente significativo: se trata, en efecto, de verdadera creación, en cuanto que no se limita a *repetir* un tipo de ser ya existente, sino que lo alumbró nuevo y da origen a un molde inédito. La determinación "ex praesupposita materia", meramente iterada, o accidentalmente modificada, no nos parece suficientemente expresiva cuando se trata de la creación

de un elemento químico en el mundo, o aun simplemente del cubismo).

La contradicción que esta necesidad de someter a la norma del hombre su actividad creadora, parece implicar cuando decimos, que esta actividad creadora es precisamente la capacidad de superación del hombre —y de todo lo ya existente— es una contradicción aparente más que real. Porque, en efecto, el hombre que ha de ser la medida de la creación del hombre es precisamente ese *hombre-creador*, es decir, ese hombre capaz de alcanzar lo que le sobrepasa. Es que, en realidad, el hombre mismo no es una cosa hecha, sino un ser en despliegue —el hombre individual y el hombre protagonista de la historia, aunque de diverso modo—. Y el mundo que él conquista, a que él llega, es también un ser en despliegue, que con la ayuda del hombre, crece a su propia madurez.

Queda, pues, el hombre moderno abocado a un progreso indeterminado, que es a la vez el campo de su propio desarrollo y el del desarrollo de su obra: la madurez del mundo. Ahora bien, para que esta capacidad creadora no quede sofocada y destruída por el absurdo de un progreso a la nada, el hombre moderno necesita enmarcar su nueva conciencia de su poder creador precisamente en el tronco del pleno cristianismo.

ABSURDO DE UN PROGRESO EN SI, SIN TERMINO

En primer lugar no le queda al hombre moderno otra salida posible. Las fuerzas descubiertas y el descubrimiento de sus aplicabilidades, no sólo no cumplirían, sino que doblarían la

necesidad de superación. Porque todo lo que llega a ser alcanzado no retiene por mucho tiempo la atención del espíritu del hombre, que está hecho, así es la verdad, para no hallar reposo sino en lo absoluto, en Dios. Además las nuevas fuerzas y los nuevos medios de encontrar otras mayores excitarían sin descanso posible la apetencia del hombre, de manera que toda apetencia llevada a su respectiva conquista terminaría inútilmente en otra apetencia mayor. De este modo el mito del progreso encadenaría simplemente al hombre a una pavorosa hambre sucesiva de conquistar un hambre mayor. Por otra parte, la posición de mero "consumidor" de los adelantos logrados significaría simplemente la evasión de la historia en la anulación de la capacidad creadora; cosa, que, además, es irrealiable en el conjunto, porque, como indicábamos, esos mismos frutos son de tal naturaleza que divirtiendo —o esclavizando, mejor— la atención del hombre, aumentan sin cesar en él, el hambre que conduce a la necesidad creadora.

SOLO EL CRISTIANISMO LLEVARA A EXITO TOTAL EL "MUNDO MODERNO"

Es sólo en el cristianismo donde el progreso indeterminado, que es el campo propio de la actividad creadora humana, puede madurar con plenitud sus frutos en un crecimiento integral del hombre y del mundo.

"Sólo vosotros (los cristianos) —escribe el Cardenal Suhard—, sólo vosotros debéis ser totalmente "humanistas", porque sólo vosotros podéis aportar a la civilización que se alobera una norma valiosa: una justa concepción del hombre. En vez de dejar que la técnica lo aplaste, so

pretexto de liberarlo, en vez de partir del progreso técnico, como de un bien en sí, que justifica todos los sacrificios presentes e individuales, vosotros debéis partir siempre del hombre mismo, que es una "persona" independiente. Para él es para quien se construye la sociedad. Es ésta la que se ha hecho para él, porque ella pasará, mientras que él sobrevivirá en su alma inmortal, y aun después de la resurrección de la carne, en su cuerpo, como prolongación terrena. Es preciso ser cristiano —sin duda no para emprender, sino para hacer con éxito totalmente esta elaboración del hombre—; únicamente el punto de vista de Dios puede impulsar al individuo hasta su último desarrollo, recordándole que es "infinito en deseos", siempre ganoso de superaciones, y que detenerlo en cualquier situación histórica, de la que se hiciera "la edad de oro", es asfixiarlo, es hacerle morir. Desde este ángulo entra en la misión de la Iglesia recordarle —y no ha cesado de hacerlo en otro tiempo y también actualmente— las exigencias a que deben responder las organizaciones temporales, so pena de desfigurarse en el hombre la imagen de Dios". (3)

**PERPETUA CONCIENCIA
CRISTIANA DE LA BONDAD
UNIVERSAL DE LOS
BIENES CREADOS**

La continuidad de las posiciones del espíritu cristiano respecto al tema que nos ocupa, queda suficientemente expresada en las cuatro citas siguientes, que tomamos de estados tan diferentes y que conservan una misma apertura espiritual al universo que es íntegramente de Dios.

Sobre la humildad *total*, a que el hombre debe sucesivamente madurar después del sucesivo asombro de sus propias obras y ante el sucesivo encuentro de su propia Creación por parte de Dios, escribió bellísimas páginas, entre tantos otros, el P. Lippert,

especialmente en su profundo libro *El hombre Job habla a su Dios*.

Si avanzamos hacia el fondo histórico del cristianismo, encontramos a San Ignacio de Loyola que en la hora del Renacimiento, en la cumbre misma, en el último punto de la última contemplación de sus *Ejercicios Espirituales* nos hace "mirar cómo los bienes y dones descienden de arriba, así como *la mi medida potencia* de la suma e infinita de arriba", etc. (n. 236).

En la "noche oscura", tan misteriosa y tan grande, de la civilización occidental, que fué la Edad Media el espíritu puro de San Francisco de Asís llega a la enunciación de la misma verdad esencial respecto de la cultura: como un fraile le preguntara, por qué recogía con idéntico cuidado cualesquiera escritos aunque fuesen paganos, respondió: "Hijo mío, porque en ellos se contienen las letras con las cuales se forma el venerado nombre de Dios. Lo bueno que en ellos hay no pertenece a los paganos ni a algún hombre en particular, sino sólo a Dios, de quien procede todo bien". (4)

El espíritu mismo del cristianismo encontró la formalización más sintética y enérgica, quizá, de la universalidad cristiana, en el texto paulino ahora tan justamente citado: "Todo es vuestro... el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro, todo es vuestro; vosotros de Cristo y Cristo de Dios" (I Cor 3, 22-23).

(3) EMMANUEL CARDENAL SUHARD, *Dios, Iglesia, Sacerdocio*, Col. Patmos, 2 ed., p. 131.

(4) CELENO, *Vita*, I, 82; Cfr. L. Villasanté, O. F. M.; *Manresa*, n. 109, p. 420.

CRISTO, CABEZA DE TODAS LAS COSAS

Justamente lo ha comentado Gustavo Thils: "Si queremos ser fieles a la lógica de la teología paulina y reservar para Cristo su poder de "capitación" y vivificación universal, hay que renovar la aplicación que se hizo de ellas en los primeros siglos. Cristo es el Alfa y la Omega, es decir, el que cubre verdaderamente, alcanza realmente y da su sentido a la inmensidad impenetrable de las fuerzas cósmicas, a la universalidad de los mundos y a la infinidad de los siglos pasados y futuros. Cristo cubre, pues, también, domina y dirige la tercera dimensión (las instituciones o realidades del mundo moderno) en su ser y en su devenir. Hay una "incidence" cristiana sobre todo lo que tiene nombre de Ciencia, Naturaleza, Economía, Política, ya que nada escapa al imperio y al amor del Verbo Encarnado. Y si Cristo regla y conduce la vida y la evolución del mundo, colaborar al verdadero sentido de esta evolución, es colaborar a la obra misma que se lleva a cabo permanentemente bajo la influencia del Verbo Encarnado en el Espíritu". (5)

Por eso, cuando Stanislas Fumet escribía: "El arte, cualquiera que sea su finalidad, hace siempre una culpable competencia a Dios", no hacía quizá, sino subrayar con elegancia de expresión, el verdadero carácter de incursión, digamos, de la obra del hombre en la Creación que él halla "hecha". Pero si quisiera suscribirse que es realmente culpable hacer algo nuevo, esta mentalidad sería exactamente antecristiana, mítica por excelencia, e implicaría una sumisión a las

fuerzas "naturales" físicas, que es precisamente antitética de la liberación de esas mismas fuerzas dada al espíritu humano por el cristianismo.

Es verdad con todo, que el cristiano tiene que limitar sus acciones y pensamientos. Esto quiere decir que tiene que poseerse a sí mismo por el dominio de las fuerzas naturales que quieren aplastarle, sometiéndolas él al espíritu. En realidad se trata de algo mucho más grande que de una liberación entendida en el sentido meramente natural: se trata del precio, de la condición puesta por Dios para la existencia en el orden sobrenatural a que es llamado todo hombre; es decir, a la vez que queda libre de las fuerzas físicas, queda también liberado de la fuerza final destructora del tiempo. Porque el tiempo del cristiano, y el mundo en desarrollo del cristiano han de sufrir la peripecia final de la transmutación del universo, del mismo modo que el hombre individuo sufre la peripecia de su rompimiento con el tiempo histórico en la muerte. De manera que este término de la eternidad positiva del otro mundo de Dios, atraviesa de sentido, de alegría y de libertad nueva el devenir del progreso histórico, libertándolo a la vez del inevitable retorno mítico del hambre al hambre.

ENTREGA DESDE LA PROPIA NADA Y VALOR DEL "SACRIFICIO"

En este sentido, la posición del cristianismo ante el mundo moderno como meramente "asuncionista" —discriminadora y oferente de lo bueno y aún

(5) GUSTAVE THILS, *Tendances Actuelles en Théologie Moral*, Gembloux 1950, pp. 24-25.

dedicadora de la propia creación—, nos parece basarse en un concepto exacto, pero quizá, menos radical, por ser más concepto de una relación exterior a la obra de los otros hombres, o "posterior" a la propia obra.

Es solamente por la renuncia total, en el corazón sólo, o si Dios lo quiere en el corazón y en las obras, como se hace la perfecta santificación, la adoración perfecta a que es llamado el hombre con sus propias obras; no en vano el "sacrificio" está unido en la historia a la inmolación y al holocausto. Y a este sacrificio de adoración perfecta a Dios Infinito, no es solamente llamado el hombre que vive en estado de perfección; sino también el cristiano que hace el despliegue físico, cultural etc. del mundo, pues es todo cristiano el que es invitado por Cristo a la perfección de la vida "sobrenatural". (6)

CONCLUSION

Lo que todo cristiano debe hacer en sí y lo que el hombre quienquiera que sea está llamado a buscar y encontrar en el cristianismo, y lo que el cristianismo puede y debe realizar por los fieles en este mundo moderno es, por tanto, la santificación (entrega total al Espíritu de Dios) de la misma potencia creadora humana, de esta nueva, mayor y más maravillosa conciencia de su poder de sobrepasar lo ya "hecho". Esta consagración del hombre como potencia creadora es, repetimos, la única vía de dar a esta potencia desarrollo ordenado y éxito final. Ni debe asombrarnos este carácter "sagrado" que descubrimos en la potencia creadora humana y sin el que ella misma queda abocada al absurdo.

Porque allá en el fondo, esa misma potencia creadora toma su origen en la Creación de Dios de que es efecto el mismo hombre. Esta santificación no será, por tanto, más que la aceptación total y realización subjetiva de la incardinación natural de este nuevo ser del hombre en el orden teocéntrico objetivo en que está enclavado desde el comienzo de la Creación. De este modo la causa eficiente imperfectamente creadora que es el hombre, al hacer su entrega al Espíritu, a Dios, su Principio y su Fin, no hace sino cooperar a la vez a su propia plenitud y verdad, que no es sino ocupar en el mundo el lugar y el oficio para el que Dios la hizo.

(6) En un bello artículo de Lain Entralgo hallamos clasificadas las posiciones del cristiano frente al mundo moderno según el esquema: escisión, mundanización, hostilidad, renuncia y asunción. Cuando es expresada la noción de renuncia el autor la refiere a la no participación en la historia por la evasión al silencio, que es, no obstante, compensada con una "vuelta" de mayor eficacia transformadora. A nuestro parecer, en las fórmulas empleadas por Lain se describe una renuncia interior que no es privativa de los que "se aparten del mundo" (aunque sea para volver a transformarlo); sino que comprende el fundamento de la espiritualidad cristiana como tal y que por lo mismo debe estar presente y en primer término, como plenitud total (aunque el modo de realización sea diverso) en toda otra posición cristiana que se quiera dar como válida (y que puede probablemente coexistir con ella). Después de un hermoso pasaje de Merton, el autor describe hermosamente esta renuncia al mundo con estas palabras: "Pues bien: renunciando al mundo, instalando habitualmente su existencia en la Realidad que da último fundamento al mundo, he aquí que el cristiano "envuelve" con su espíritu, por modo a la vez misterioso y expresable, el tiempo en que vive, la historia entera y todo el universo." Manda a su alma a jugar más allá de las estrellas", según la hermosa expresión de Merton. De parecer retrasado y envuelto, el cristiano ha pasado a ser eternamente actual, envolvente". (LAIN ENTRALGO, *El Cristianismo en el Mundo Moderno*, "Cuadernos Hispanoamericanos", Junio 1957, n. 90).